

## **“Incredible India”**

(relato de la visita del Director Delegado en India)

*Nota: Este relato se acompaña de fotos y muchos colores que pueden ver haciendo click en mi álbum de India en <http://picasaweb.google.com/claudiobarriga>*

Octubre 22 a Noviembre 12, 2007

Amigas y amigos:

Escribo al final de un intenso y sorprendente periplo indio, en visita al Apostolado de la Oración (AO) y Movimiento Eucarístico Juvenil (MEJ). Han sido 21 días cargados de fuertes impresiones y emociones, que dejan resonando en mis sentidos los sabores y sonidos de la India. Días que han sido ocasión de renovación y conversión interior, y que les intento compartir.

Volví a Roma con el corazón cargado de colores, sabores, fragancias. El dulce sabor del cariño, cariño espontáneo y gratuito, prodigado generosamente sobre este desconocido peregrino, de parte de los más pobres y de parte de mis hermanos jesuitas. La cautivante fragancia de las cosas de Dios, visto a través de la rica espiritualidad e interculturalidad de este pueblo, que ha cuestionado y enriquecido mi fe. El color y el sonido del mundo mirado desde India, desde sus vestimentas y su música, desde sus tradiciones milenares, me ha obligado a relativizar varias de mis certezas demasiado occidentales, incluyendo el modo en que afirmamos nuestra fe cristiana. El sabor de la misión compartida con mis hermanos jesuitas, en medio de dificultades y persecuciones, me ha entusiasmado y renovado en mi propia misión. El sabor de las exóticas comidas de las distintas regiones del país, intrigantes e irreconocibles la mitad de las veces, todas cargadas al picante y muy ricas, me han hecho repensar mi dieta, a favor de lo vegetariano.

El 22 de Octubre pasado aterrizaba en Madurai, en el sur de India. El camino del aeropuerto a casa me permitió tener una primera impresión (ya una fuerte impresión) del mundo tan distinto que he venido a visitar. En un clima húmedo y tropical, entre cultivos de plátanos y cocos, se ve mucha gente en las calles, caminando, en bicicleta o esperando transporte. Las mujeres muy hermosas con sus vistosos sahris de mil colores, los varones visten pantalones o esas especies de grandes pañales típicos de acá (como el que usaba Ghandi). La mitad de la gente, de ambos sexos, caminan descalzos. La otra mitad más afortunada, usa sandalias o “hawaianas”.

Mi fiel anfitrión y compañero de todo el recorrido, el Secretario Nacional del AO, Padre Jehabalan sj, y yo fuimos muy bien acogidos por los jesuitas del colegio Saint Mary’s, en una casona vieja y sencilla. Los niños del colegio, cientos de ellos, de ojos vivos y dulces sonrisas, corren a saludar al forastero y le dicen sus dos únicas palabras de inglés que han

aprendido: Hello y What is your name? En casa me otorgan el cuarto del provincial, el único de la casa con baño y ducha incorporada. Pero era sólo para descansar un poco, pues más tarde el mismo día, seguimos en auto a Dindigul, a unas horas, a Beschi School, donde la comunidad jesuita esperaba reunida para escuchar al forastero.

Alojamos allí, saliendo al otro día temprano en auto hasta Kodaikanal, un pueblo en las montañas a dos horas. Allí encontré y hablé del AO y MEJ a 20 jóvenes sacerdotes jesuitas de toda India, en la etapa llamada "Tercera Probación". Encontré también y pude compartir un poco con un grupo de niñas refugiadas de Sri Lanka, acogidas por el Servicio Jesuita para Refugiados. Alojamos en la casa de la Tercera Probación.

En las cercanías hablamos a los niños de una pequeña escuela dirigida por religiosas católicas, donde el alumnado es 80% de religión hindú (como en casi todos los colegios de la Iglesia). Estas y casi todas mis intervenciones requerían de un traductor, desde mi inglés a la lengua local. Regresamos a Dindigul, donde presidí una hermosa misa estilo indiano, para el equipo AO MEJ nacional. En el rito inicial recibí por primera vez el puntito rojo en la frente, "el tercer ojo", que nos recuerda la dimensión de espiritualidad de la vida humana.

Esa noche viajamos a Bangalore, toda la noche en tren. Íbamos invitados a la reunión de todos los Superiores Mayores de la India, más Nepal y Sri Lanka. Nos asignaron una hora, en que con encendidos discursos los exhortamos a acoger o a dar nuevo impulso en sus respectivas regiones al Apostolado de la Oración y al Movimiento Eucarístico Juvenil. Fueron extremadamente amables y receptivos con nosotros, y según supimos después, algunos de los provinciales quedaron hasta convencidos.

Esa misma mañana hablamos a los 30 novicios de la Provincia de Karnataka, allí cerca. Los pueden conocer, con foto de los visitantes, en <http://msjnov.blogspot.com> Almorzamos con ellos, y después de visitar la casa del Provincial en Bangalore, esa noche regresamos a Dindigul, durmiendo, por la segunda noche, muy bien en el tren.

En los días siguientes se sucedieron las emociones. Nuevas visitas a colegios y escuelas católicas nos deparaban cálidas recepciones, chales de regalos (puestos sobre los hombros del visitante en señal de acogida), el puntito en la frente con tierra de color, además de variados y multicolores espectáculos de danza clásica india y otras danzas locales. Me llegué a emocionar al reconocer en sus danzas las tradiciones milenarias que vienen de siglos ignotos, me emocioné al ver el fervor con que oran los niños, en distintas partes y en distintos idiomas, me emocioné al pensar que también acá me acogían "niños y niñas del MEJ", en esta cultura tan diversa.

Me lloré una procesión completa en una parroquia rural, donde todo el pueblo salió a las calles para dar la bienvenida al padre que venía de Roma (anunciado por el párroco como delegado directo de Su Santidad). Efectivamente no había un santo que pasearan en andas, sino yo era el "objeto de devoción", adornado con una corona de flores en la cabeza. En ciertos puntos se detenía la procesión, delegados de la comunidad se acercaban a mí, todos gente pobrísima, y realizaban delante de mí unos gestos circulares de bendición con incienso, agua, frutos. Ponían sobre mis hombros chales de regalo, ponía en mis manos limones, su modesta ofrenda a Dios. Y cuando el estricto cerco de los "guardias papales" lo

permitía, cientos se agolpaban en torno a mí pidiendo la bendición. Yo no contenía las lágrimas. En absoluta falta de correspondencia con mi escuálida humanidad, recibía la bendición de los pobres, recibía sus limones de regalo y me añadían nuevos chales a los anteriores. Muchos de los bendecidores eran niños, o unas señoras de edad, pobres entre los pobres. No dudaba que en ellos era Cristo mismo el que me regalaba y me bendecía, y más me emocionaba.

La procesión se me hizo larga, alternando momentos de camino, bendiciones, petardos y fuegos artificiales, en medio de incansables tambores. Yo no salía de mi asombro y de mi estado de conmoción interior. Coronado de flores, con capas de chales en mis hombros, traspirando, rodeado de los tambores y apretado por la gente, con lágrimas brotando, era en ese momento símbolo de la devoción de ese pueblo católico de la India. A lo largo de la procesión recibí unas 10 veces la triple bendición, 14 chales espontáneamente regalados por la gente, una corona y tres collares de flores, y varios kilos de limones. Perdí unos dos litros corporales entre la traspiración y las lágrimas.

Un emocionado delegado papal presidió a continuación la misa en tamil, no me pregunten cómo, pero había un traductor al lado. La iglesia estaba repleta de gente y de colores, en gozosa celebración de la fiesta de su fe (o la de sus vecinos católicos, pues la mitad de la gente en misa eran hindúes). Recibí más regalos en la misa, y después estuve un buen rato sacándome fotos y repartiendo bendiciones a todos los que me esperaban. Sentía que esa noche tendría que dormir en el suelo.

No podré narrarles todas las emociones y sabores de los días sucesivos. En total, en agitadas tres semanas visité 22 ciudades en 10 estados, en el norte, sur, este y oeste de India. De Dindigul volamos a Chennai, de ahí a Delhi, Ranchi, Ahzaribag, Patna, Calcuta, Ahmedabad, Anand, Bombay, Vijayawada, Hyderabad, Machilipatnam, Guntur, Kochi, Thiruvanamthapuram y Kanniyakumari. Mi lengua cotidiana fue el inglés, pero estos días escuché hablar en tamil, kannada, telugu, gujarati, bengali, hindi, malayalam y algún otro, sin entender ninguno (India tiene 16 idiomas oficiales!). Compartí con niños, jóvenes, adultos, ancianos, gordos y flacos, chicos y grandes, obispos, sacerdotes, seminaristas, jesuitas, religiosas, también con gente de otras religiones. Con Jehabalan pronunciamos ardorosos discursos con convincentes argumentos (juro) en colegios, universidades, parroquias, comunidades religiosas, conventos, centros de diálogo cultural, entre otros. El público varió desde niños ciegos o niños sordos, a altas autoridades eclesiásticas, pasando por las Carmelitas de clausura y la renovación carismática. Nos tocó sobre todo dirigir nuestros argumentos a diversos y variopintos grupos de jesuitas, comunidades grandes y pequeñas, sacerdotes, estudiantes y novicios. A todos exhortamos con encendidas palabras sobre las bondades del Apostolado de la Oración y cómo habría que ser muy insensato para dejar de utilizar tan espléndido medio evangelizador, inspirado por el Espíritu, encargado por el Santo Padre a la Compañía.

Para recorrer las ingentes distancias y anunciar el mensaje a todos, a tiempo y a destiempo, nos desplazamos en avión (12 vuelos dentro de India), en tren, en auto, en rickshaw (tres ruedas), en moto y en barco. En 21 noches dormí en unas 18 camas distintas, casi siempre muy mal, con mucho calor y peleando contra los zancudos por medio de ventiladores, repelentes o mallas sobre la cama, no siempre resultando victorioso. El día comenzaba

normalmente a las 5:30 de la mañana (o incluso antes, las ocasiones en que tuvimos tren o vuelo más temprano) y transcurría pleno de encuentros y sorpresas del Señor.

El don de lágrimas – emoción ante la belleza y la grandeza humana de este pueblo de Dios – me siguió acompañando en diversos momentos de la peregrinación apostólica.

Emotiva fue la visita al memorial fúnebre de Mahatma Gandhi en Nueva Delhi, en el lugar donde fue asesinado en 1948. Es hoy un gran y hermoso parque público, donde fueron esparcidas sus cenizas (como se hizo además en otros 7 u 8 lugares). Me saqué los zapatos, como se debe hacer, y pisé esa tierra descalzo, sobrecogido del recuerdo de este hombre santo que ha marcado al mundo con su amor valiente y su coherencia de vida. Inspiradora fue la visita a su antigua residencia y centro de operaciones en Ahmedabad, llamado Sabarnati Ashram, donde vivía en comunidad con un grupo de sus seguidores, en un bello entorno natural, en clima de meditación. Desde aquí planificó e inició su lucha por la liberación de India. ¡“Mahatma”, alma grande, ayúdanos a practicar los caminos de la paz!

Me sobrecogió en todas las latitudes del viaje y me golpeó el corazón ver la lucha por la sobrevivencia de los pobres de la India. Por todas partes, como un fantasma del cual no se puede huir, la pobreza atenaza y aplasta la vida de este sufrido pueblo. En los campos se ve el rostro del dolor, del combate agónico por ganarse la vida. Hombres tiznados empujando por muchas horas sus bicicletas pesadamente cargadas de sacos de carbón, mujeres de villorrios tribales transportadas en camiones para efectuar duras labores de construcción con salarios insuficientes e inciertos. En las calles de las ciudades se ve la angustia de cada día de los vendedores, los mendigos, los ancianos encorvados, los discapacitados físicos y mentales deambulando, abandonados a su suerte (su mala suerte), cada uno una parábola de los 300 millones de indios que viven en la miseria y no logran levantarse.

Aunque la situación fue mucho más grave antes, aún se ve por qué las calles de Calcuta fueron inspiradoras para la obra de caridad de la Madre Teresa. En barrios enteros los sin casa se han tomado las veredas, viviendo bajo improvisados plásticos. Fue hondo el sentimiento de veneración al arrodillarme ante su tumba, y un privilegio celebrar al otro día la misa para todo el convento, más de 200 religiosas (la mitad novicias) y unos 100 voluntarios allí presentes.

¿Cómo resumir tantas impresiones? Lo que he vivido estos días ha causado en mí un gran impacto y estremecimiento interior, y me resulta del todo imposible transmitirles la fuerza de las emociones. India es una cultura milenaria que acoge con insobornable cariño al visitante, lo envuelve y lo sobrepasa. Sus bailes y muestras culturales evocan de manera emocionante los 5000 (cinco mil!) años de historia de esta civilización. Una belleza mágica, pródiga en colores y en fragancias, en plegarias y en poesías, en música y en danza, que me sale al encuentro y me sorprende. Emoción tras emoción.

La gente, en primer lugar la gente. Humildes, bondadosos, con una sencillez de alma, sin dobleces ni malicias, el pueblo pobre de la India muestra la bella nobleza del ser humano. Cómo lo muestran todos los pobres y los humildes de la tierra, ...tal vez aquí más sufridos, más pequeños, por eso más diáfanos de Dios. La gentileza con que tratan al visitante, la sinceridad de su sonrisa, la rapidez de su acogida, cautivan el corazón del peregrino. Es

llamativa la belleza y dignidad de las mujeres, de facciones finas y rostros hermosos, sin maquillajes. Hasta las más pobres visten y caminan con la prestancia de reinas, con sus trajes elegantes y coloridos.

La religiosidad omnipresente. En todas partes templos, iglesias, mezquitas, símbolos religiosos, estatuas de dioses, ritos, cantos, danzas, ilustrativos de su familiaridad con los dioses, testimonio de tradiciones ancestrales. India es antes que nada un país de espiritualidad y devoción. Lo religioso se respira en el aire y se pisa, descalzo, en su suelo. En India se comparte la vida con Dios, sencillamente, naturalmente, como no sabemos ver ni entender en occidente. Todos los aspectos de la vida cotidiana están cargados de presencia de Dios. La gente invoca a Dios al levantarse, al comenzar el trabajo, al comer, al vestirse, al saludarse, al iniciar un viaje, al dormir, al decorar sus casas, al bendecir sus herramientas... su vida cotidiana está inhabitada de trascendencia.

La presencia de la Iglesia Católica en India se remonta al siglo primero, en que la tradición dice que el mismísimo apóstol Santo Tomás fundó las primeras comunidades. Estas se conservan hasta hoy en el sur del país, en el rito Siro-Malabar. Vivió un nuevo impulso con la llegada de San Francisco Javier hace 400 años. Esta Iglesia de hondas raíces continúa abriéndose presencia con dificultad en una sociedad multi-cultural y multi-religiosa. Siendo una pequeña minoría de sólo el 2% de los mil millones que habitan este inmenso país, ha sabido ganarse el respeto principalmente a través de establecimientos educativos, destinados a todos, no sólo a los católicos. A la vez se ha ganado enemigos por su decidida opción de promover la dignidad de los "dalits", los sin casta. Con dalits conscientes de sus derechos, las castas "superiores" dejan de contar con mano de obra esclava. Por esto hay nuevas "leyes anti-conversiones" para impedir que los católicos aumenten. A pesar de esto, la Iglesia es vigorosa y dinámica. La Compañía de Jesús cuenta con más de 4000 miembros, y con sus noviciados casi todos llenos, sigue creciendo.

Es mucho más lo que he vivido, es tanto lo que podría y debería contarles, pacientes lectores. Son numerosas las emociones "inenarrables", pero este relato debe llegar a sus manos antes que tenga que comenzar el próximo, que será en pocos días más. Podría explayarme por ejemplo en la linda obra de promoción mediante la educación desarrollado en todas partes por la Compañía. O podría contarles de la inusual experiencia religiosa-popular en las visitas a los templos hindúes, descalzos y sin camisa (como señal de dejar fuera la corporalidad, y entrar con el espíritu), siguiendo un circuito de recovecos internos llenos de símbolos y olores, luces e incienso, flores e imágenes, viendo gestos desconocidos, y mi respetuosa devoción, cabeza gacha, al recibir la bendición y una guirnalda de flores del sacerdote de turno. Basten por ahora estas pinceladas para dejar también en ustedes *resonando en sus sentidos los sabores y sonidos* de la India.

Como cierre del relato me extenderé en los espléndidos y emotivos últimos días en India, en el extremo sur del país. Desde la ventanilla del avión, antes de aterrizar, fui ya gratamente impactado por el bellissimo escenario natural del estado sureño de Kerala, todo verde, todo trópico, palmeras, montañas, aguas omnipresentes; en breve, paradisíaco. Estuvimos un día en Kochi, donde visitamos un centro jesuita de diálogo inter-religioso instalado en medio de la densa vegetación, en el que todo invitaba a la meditación. Pudimos compartir de la vida y de la misión con dos comunidades jesuitas. En el medio tiempo tuve la posibilidad de

visitar una linda comunidad de base reunida en una casa, una escena familiar y querida a un ex-párroco chileno popular-poblacional. De Kochi salimos muy temprano en tren a visitar el Juniorado jesuita en Thiruvanamthapuram. Después de un gratisimo compartir con los jóvenes, continuamos viaje en auto hacia el sur, en azarosas tres horas por un camino pésimo, cosa normal en India (los únicos caminos buenos en India son los caminos del espíritu), hasta alcanzar Kanniyakumari. Es la punta misma de la península índica, lugar de aguas sagradas para el hinduismo, donde se juntan los tres mares: Mar de Bengal, Mar Árabe, Océano Indico. Esta parte del viaje, acaso la única, no era de trabajo, no había charlas o reuniones, tocaba aquí paseo y peregrinación. Llegamos al lugar en la tarde y dedicamos unas tranquilas horas a recorrer a pie el sector costero. Entramos a otro templo hindú y visitamos otro memorial de Gandhi construido frente a esas “aguas vírgenes”, como él las llamó, donde también fueron esparcidas sus cenizas, 14 días después de su muerte.

Después de reposar esa noche en la comunidad jesuita local, nos levantamos muy temprano, antes del sol para acudir - piadosos romeros - presurosos a esperar el amanecer frente al mar. Éramos parte de una muchedumbre de devotos allí congregados que con religiosa expectativa daban la bienvenida a la luz y recibían la ablución renovadora de las aguas sagradas. Era el comienzo del nuevo día, anhelo de vida nueva, esperanza de un mejor porvenir para todos los peregrinos llegados de distintos puntos del país.

Nuestro recorrido continuó esa mañana visitando La Roca, una pequeña isla frente a la costa que alberga un templo con la huella sagrada dejada en la roca por alguna divinidad ocasional en uno de sus paseos por la tierra. En la isla del lado, una colosal estatua en piedra de un poeta hindú, inaugurada hace pocos años. Todo ayudaba a pacificar el espíritu e invitaba a llenar el alma de la fuerza de los dioses. El circuito de las islas incluía una sala de meditación, donde en silencio y oscuridad, sentados en una alfombra, los peregrinos se conectaban al corazón de la eternidad escuchando un mántrico ‘*Ommm*’ de trasfondo.

A media mañana, auto de vuelta a Thiruvanamthapuram, almuerzo con las una comunidad de religiosas y de ahí en avión a Chennai, a la que sería mi última y breve estación en India. Siete horas después de llegar, a las 2:00 de la mañana salía para el aeropuerto, y emprendía el regreso a Roma.

Claudio, el indigno misionero del Corazón de Jesús